

Antropología Experimental

<http://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae>
2020. nº 20, Texto 22: 313-320

Universidad de Jaén (España)
ISSN: 1578-4282 Depósito legal: J-154-200

DOI: <https://dx.doi.org/10.17561/rae.v20.22>
Recibido: 25.03.2020 Admitido: 23.11.2020

EGOÍSTAS Y AUTÓMATAS DEL CAPITALISMO GLOBAL

Gustavo A. SEGURA LAZCANO

Universidad Autónoma del Estado de México
gustavoseguralazcano3@gmail.com

SELFISH AND AUTOMATONS OF GLOBAL CAPITALISM

Resumen

La globalización capitalista configura un nuevo orden social fundado en el individualismo egoísta. El libre mercado insta propósitos y sentidos de vida que no favorecen las experiencias empáticas y solidarias entre los seres humanos. A lo largo de la historia han existido diversas matrices culturales y modelamientos del ego, que han sido determinantes para la convivencia social. El egoísmo exaltado por la globalización capitalista propicia acumulación y disputas por la riqueza material. El avance técnico a escala mundial amplía el dominio de algunos sectores económicos sobre el resto de la sociedad. La presencia creciente de autómatas en la vida cotidiana provoca el desplazamiento de trabajadores, invasión de la privacidad y el control de las expectativas de las mayorías demográficas. Es a través del cuestionamiento generalizado del rumbo civilizatorio que podrá emerger en el presente siglo nuevas y mejores perspectivas de humanismo.

Abstract

Capitalist globalization configures a new social order founded on selfish individualism. The free market establishes purposes and meanings of life that do not favor empathic and solidarity experiences among human beings. Throughout history there have been various cultural matrices and ego modeling, which have been determinants for social coexistence. Selfishness exalted by capitalist globalization leads to accumulation and disputes over material wealth. The global technical advance broadens the domain of some economic sectors over the rest of society. The increasing presence of automatons in everyday life causes the displacement of workers, invasion of privacy and the control of the expectations of demographic majorities. It is through the generalized questioning of the civilizing course that new and better perspectives of humanism may emerge in the present century

Palabras clave

Humanismo. Egoísmo. Automata. Globalización
Humanism. Selfishness. Automaton. Globalization

*El egoísta es una persona que piensa
más en sí misma que en mí.*
-Ambrose Bierce- (1842-1914)

Introducción

Existe suficiente inquietud en torno al desatinado escenario que origina la globalización y el tipo de humanización que propicia en los países supeditados al libre mercado. Inmersos en entornos complejos, confusos y desiguales las sociedades posmodernas continúan alentando las

actitudes individualistas, consuntivas e irresponsables. En respuesta a la sensación imperante de inconformidad que se extiende por el mundo, en los albores del siglo XXI, el presente trabajo aborda diversos aspectos vinculados a la proliferación de seres egoístas resignados a ser dominados por autómatas y algunos deseosos de formar parte de ellos.

El lastimoso avance de la era global

La indolencia que caracteriza a la sociedad actual propicia que las masas intenten evadir las penurias que derivan del sistema económico y con ello el sufrimiento ajeno. Al estar inmersos en grandes concentraciones urbanas los ciudadanos se muestran indiferentes al dolor que produce el capitalismo en sus propias comunidades. Por su tranquilidad y salud mental la mayoría esquivan los asuntos que amenazan su entereza, hasta que algún suceso, enérgico e inesperado sacude la conciencia y recrimina su indiferencia. Al respecto nos viene el recurso de la dura imagen de Aylan Kurdi; el pequeño niño de 3 años de edad ahogado en las playas de Turquía en el año 2015. Aquel inocente, de playera roja y pantalón corto, víctima de la zozobra y desesperación que dominan nuestro tiempo y que deriva del ímpetu global que tensiona la vida humana y confronta el destino de nuestros pueblos.

El siglo XX instaura la globalización como proyecto de mundialización amparado en el libre mercado. Frente al fracaso del Buró socialista; consumado por la caída del Muro de Berlín, el capitalismo fue declarado el máximo sistema económico destinado a satisfacer todas las expectativas humanas en los tiempos venideros. El denominado Consenso de Washington¹ ha sido señalado como el umbral de las políticas financieras globales que definen el nuevo orden mercantil a nivel mundial y a partir del cual se procede a comprimir el poder de los gobiernos locales cancelando su injerencia en materia económica, prohibición que en muy poco tiempo induciría a la privatización de los servicios comunes y la expansión de los capitales multinacionales.

De esta manera la globalización impuso un modelo de civilización estándar con el propósito de hacer de las masas; fieles consumidoras de productos y servicios provenientes de los países desarrollados pero maquilados en diversos lugares del planeta. Es así como en el presente siglo se impone la idea del mercado-mundo (World-Mall) como escenario dominado por las fuerzas financieras que arrastran la existencia de la humanidad en su conjunto y le imponen propósitos banales de vida. Como efecto de ello día con día las líneas de producción mastican y depredan los tesoros naturales del planeta convirtiéndolos en caprichosos artefactos que, una vez malgastados, originan inmensos y fétidos depósitos de basura y mares saturados de sustancias tóxicas. Numerosas industrias continúan siendo responsables de las inmundicias que derivan de un progreso más que ilusorio y causante de hacer bazofia de los seres humanos que el sistema desecha.

El sistema industrial-capitalista que ha generado enormes excedentes económicos para el mundo desarrollado, también ha causado inconfesables daños a la vida y dignidad humana. Zygmunt Bauman denuncia que; “la población excedente es una variedad más de residuos humanos [...] vidas indignas de ser vividas [...] víctimas colaterales del progreso económico, imprevistas y no deseadas (2005: 57).

La realidad encubierta

Conocer la realidad que se enfrenta constituye uno de los principales desafíos y postulados de toda ciencia y filosofía. Sin embargo, lo real deriva siempre en cuestión compleja y polémica que al mismo tiempo que nos desafía, también nos reconcilia con la historia y conecta con diversas tradiciones de pensamiento que pretenden esclarecer nuestra existencial y la del mundo.

Con la intención de abreviar tan espinoso asunto, consideramos correctas las sospechas de Mijael Malishev en torno a que la realidad carece de; “estabilidad; es efímera [...], veracidad; es engañosa [...], corazón; es cruel [...] e irreversible” (2003: 361). Interpretar y comprender la realidad de los fenómenos resulta una tarea inexhausta como lo expresa Nazim Hikmet, en *La*

¹ El Consenso de Washington impuso a las naciones; disciplina fiscal, reducción de subsidios, mayores incrementos tributarios, liberación de barreras comerciales, venta de empresas estatales, tipo de cambio y mayor seguridad a la propiedad privada.

pesadumbre de un canto inconcluso (citado en Guevara, 2007) pero al fin un requisito ineludible para consumir la vida. Ser consciente de lo real presupone, para cualquier ser humano, una labor ardua y trascendente que no pocas veces sisma nuestras concepciones y creencias, debido a los entornos ocultan y propagan significados que impiden arribar fácilmente a conclusiones confiables y comunes. Por si ello fuera poco, la realidad se mantiene, ineludiblemente, como entidad en construcción co-implicada con los estados de conciencia adquiridos.

Desde temprana edad los individuos, en condiciones socio-culturales, emprenden procesos de autodescubrimiento que les conducen a la construcción del yo (ego). Aunque desde su origen se trate de una concepción vaga de sí mismo, la noción del yo constituye el gran acontecimiento íntimo acompañado del escenario social. En tal sentido la formación del yo individual permanece ineludiblemente implicada con el modelo cultural que condiciona y faculta la presencia del ego como una entidad social. La aparición del yo implica condensación social vinculada con las perspectivas de colectividad que afianzan la sobrevivencia en todo agrupamiento humano.²

La idea del yo, constituye la primera concreción de la existencia del individuo³ en relación a su dimensión espacio-temporal. El ego emerge súbitamente en cada uno por oposición a otros seres y entes. De la experiencia grupal se desprende la noción de individuo, a pesar que algunos estudios etnológicos demuestran la existencia de comunidades en las cuales la premisa del individuo aislado resulta una noción matizada por la visión de “todos nosotros” fusionados en el cuerpo común.

Dependiendo del modelo cultural que le precede, cada ego tiende a dividir la realidad en dos dimensiones fundamentales: “yo” / “no yo”. El yo; por supuesto referido aquello que compete directa y esencialmente al sujeto en cuestión. Es la exploración del mundo que le rodea la acción que permite advertir la presencia de otras realidades, límites y dominios. Según Paul Ricoeur “el yo se pone o es depuesto” (2006: 31).

El ego se proyecta como voluntad encaminada a extender sus dominios simbólicos; espacios donde operan otros egos por descubrir. A través de juegos diversos que conllevan éxitos y fracasos, el ego se vigoriza así mismo motivando con ello su autovaloración. El ego realimentado por las experiencias interpersonales ingresa a su fase de egoísmo; fenómeno psico-social asociado con la disputa de los territorios y las estrategias de sobrevivencia en el mundo que, al complicarse, derivan en estados de egocentrismo o ensimismamiento del sujeto⁴.

El egoísmo constituye el fenómeno social caracterizado por severos rasgos de hedonismo y narcisismo. Tales versiones del ego han estado presentes en buena parte de la historia de la humanidad e influido sobre ella, dado que en cada cultura ha sido objeto de valoraciones conforme el estado de la vida colectiva. Por su importancia a continuación nos ocuparemos de revisar de manera sucinta las principales matrices socio-culturales que han incidido sobre la *egoidad* y sus formas de manifestación en el mundo occidental.

El egoísmo histórico

Comencemos por recordar lo concerniente a la matriz cultural del mundo grecolatino; contexto orientado a configurar comunidades políticas fundadas en una identidad cultural favorable para el avance técnico y los afanes de dominio asociados con la expansión primero de la Grecia antigua y posteriormente de la Roma Imperial. La conducta egoísta, por aquella época, se manifiesta principalmente en las élites y se diluye gradualmente conforme desciende la estructura étnica y social. El egoísmo solía moderarse en los grupos subalternos, y por el contrario se aceptaba como actitud legítima en el caso de las clases dirigentes⁵.

² Cabe tomar en cuenta que para Heidegger vivir significa; *ser en un mundo junto con otros*. Por tanto el mundo común constituye el escenario configurado por seres dispuestos a convivir.

³ El término “individuo” refiere al ser indivisible; el sujeto como unidad de la sociedad.

⁴ En el plano social la propiedad privada así como el ejercicio del poder acrecientan la conducta egoísta.

⁵ Los primeros grandes egoístas, aun benévolos, fueron: los magos, curanderos, sacerdotes, militares, filósofos, consejeros y señores del senado. Su egoísmo los destaca y legitima frente al pueblo al mostrar suficiente aprecio por la vida comunitaria.

Entre las primeras referencias al egoísmo del periodo clásico, encontramos breves notas en la ética de Aristóteles. El libro IX cita: “Discútese también si debe uno amarse a sí mismo sobre todas las cosas [...] pues de ordinario se censura a quienes [...] se les llama, con vergonzoso epíteto, egoístas” (1982: 124). En el mismo texto, el estagirita agrega: “Es forzoso, de consiguiente, que el hombre bueno sea amador de sí mismo, ya que practicando bellas acciones es de provecho a sí mismo y sirve a los demás” (1982: 125). Es así como el afamado filósofo vincula la noción de amor egoísta al beneficio de la colectividad, empleando la palabra *philia* (φιλία) traducida actualmente como amistad.

Partiendo del problema que supone amarse a sí mismo antes que a otros y sacrificar el bien personal en favor de la vida social, el egoísta resuelve servirse antes a sí mismo que servir a otros. La oposición entre intereses propios y ajenos, conforme Aristóteles, implica la virtud que cada individuo cultiva y que le permite inhibir un egoísmo indigno que pueda dañar el orden social establecido.

La segunda matriz ético-cultural corresponde al modelo religioso judeo-cristiano que postula la quimera mística de hermandad espiritual entre los seres humanos y que sentido estricto trasciende la fe que cada quien profese. Al predicar la purificación y salvación de las almas, se aminora el interés y apego a la materialidad del mundo, por medio de la condición fraterna se proclama amar al prójimo y en consecuencia considerar amoral todo acto que derive en egoísmo. La cita bíblica advierte; “Nada hagáis por egoísmo o por vana gloria, sino que, con actitud humilde, cada uno de vosotros considere al otro como más importante que a sí mismo no buscando cada uno sus propios intereses, sino mas bien los intereses de los demás” (Filipenses, II: 3-4 en: Reina Valera, 2012).

Al concluir la edad media, los modelos culturales cristiano y precristiano continuaron influyendo sobre estructuras gregarias que hubieron de formarse en la región ofreciendo, a los nacientes estados sus ideales de moderación y apego al espíritu comunitario de los pueblos. Pese a ello, el naciente capitalismo será responsable de alentar el culto a la individualidad⁶ provocando que los estados monárquicos y posteriormente los republicanos recurran, por igual, a las tesis filosóficas seculares que posibiliten la vida civil. La figura poderosa del Estado nacional laico, imperante durante los siglos XIX y XX, sin pretender eliminar la perspectiva religiosa cristiana, hubo de servirse de sus postulados morales para dinamizar sus prácticas económicas,⁷ ampliar sus fronteras y fortalecer sus dominios.

El síndrome del egoísmo

Quienes han reflexionado sobre las causas, motivos, sentidos e implicaciones del egoísmo humano discrepan sobre su verdadero origen, carácter y circunstancias. Para Hobbes y Maquiavelo el egoísmo constituye un atributo esencial de la especie humana que explica todas las disputas sociales. Por su parte, Freud y Piaget consideran que el egoísmo expresa la etapa de inmadurez a ser superada por los individuos para su pleno desarrollo. Marx y Lenin denuncian al egoísmo como rasgo clasista vinculado con la propiedad privada, mientras que Kierkegaard y Orwell le consideraron el valor supremo, generador de las máximas obras artísticas. En base a tales definiciones podemos afirmar que el egoísmo es un asunto de gran importancia para la vida social y viene acompañando, desde hace siglos, el desarrollo de los pueblos, y la era global configura un modelo de egoísmo exaltado.

En lo que va del siglo XXI se pone de manifiesto un egoísmo extremo, ligado a conductas consumistas, exhibicionistas y antisociales que configuran un nuevo fenómeno de patrón de vida caracterizado por actitudes de indiferencia hacia otros y fuerte tendencia a la deshumanización.⁸

⁶ El capitalismo hace de la propiedad privada una ideología que trastoca el sentido de vida de los ciudadanos y que progresivamente cosifica las relaciones humanas hasta el grado de establecer el precepto: *cuanto tienes, cuanto vales*.

⁷ Max Weber demuestra que el protestantismo contribuye notablemente al desarrollo del capitalismo.

⁸ El capitalismo global agudiza el egoísmo a escala social en el momento que las entidades financieras, por medio de la usura, determinan la utilidad del capital. Como consecuencia de ello la avaricia se incrementa a niveles patológicos, haciendo creer a las élites que acumular capital es más importante que velar por la vida de millones de hombres y mujeres.

Al parecer el egoísmo insondable deriva del proceso de enajenación que afecta a los sectores involucrados con el libre mercado. Inmersos en un sistema económico cuya lógica lucrativa copta todos los espacios de la vida cotidiana, fuertes dosis de egoísmo exaltado impulsan los actos personales, incluso aquellos que pudieran considerarse filantrópicos.

El ego exaltado nos explica las actitudes y conductas egocéntricas, codiciosas y materialistas imperantes y orientadas estrictamente hacia fines de lucro. Se trata por tanto de un patrón conductual irreflexivo y circunscrito a los impulsos que alimentan el narcisismo contemporáneo como son; el odio, el desprecio y la avaricia. Un egoísmo incontrolable por el propio sujeto anula todo tipo de consideraciones morales y civiles.

El egoísta extremo alienta la mentalidad de triunfar sobre los demás que sacude la vida gregaria, una pandemia de individualismos que al replicarse destruyen progresivamente el tejido social. Por tanto, la globalización capitalista configura personalidades egoístas que reniegan de mostrar suficiente empatía hacia los seres desvalidos más cercanos.

Desde el alejamiento al reconocimiento humano que propicia la codicia, el egoísta extremo evita identificarse con los más débiles a quienes de entrada considera perdedores. La lógica acumulativa y el afán de lucro que animan el juego capitalista complican la trama de rivalidades entre individuos y sectores sociales. En este escenario de lucrativas apuestas, prevalecen mentalidades solitarias, todas ellas impregnadas de altas dosis de egoísmo exaltado. Tener más y consumir más que otros, se ha convertido en el propósito nodal de vida. El éxito de participar en el capitalismo global radica en arrebatar, valiéndose de las fuerzas del libre mercado, una porción mayor del mundo a los demás para finalmente disfrutarla en privado.

El negocio del egoísmo exaltado

La globalización capitalista ajusta cada uno de los componentes materiales y psicológicos que soportan la vida humana y con ello logra afianzar su permanencia. El egoísmo extremo no sólo florece en los mercados y puestos de trabajo, sino también en casa como en la escuela y en todos los espacios de interacción que aclaman las cualidades individuales sobre las circunstancias colectivas. El egoísmo exaltado lubrica la inmensa maquinaria del capitalismo global y constituye el núcleo de su ideología. Dicho egoísmo se encuentra implicado con el reparto inequitativo de las riquezas y los territorios que ha prevalecido por siglos en el mundo moderno. Como lo advierte F. Schirrmacher (2014) incluso las democracias colaboran con el capitalismo global al ser; “la pelota con la que juega el monstruo, un juego en el que, al final, perdemos todos”.

En los albores del siglo XXI el capitalismo global continúa produciendo el mayor número de egoístas extremos registrado en la historia universal. Tales seres se envanecen a diario frente a los demás sea como falsos líderes o vencedores absolutos que aspiran a convertirse en modelos ejemplares a seguir. Esa pléyade de semidioses, cuyas colosales riquezas y poderíos jamás tendrán como destino salvar a los desvalidos, exhiben su egoísmo al burlarse de las miserias que otros padecen. Ante el fenómeno del egoísmo extremo y su manifestación en México Ricardo Raphael propone el vocablo “*Mirrey*: como el personaje que rinde culto a sí mismo: mi foto, mi ropa, mi chica, mi carro, mi dinero. [...] El sujeto en el centro [...] el rey que soy yo y es mío; Mi rey” (2014: 29).

El egoísmo extremo constituye una grave enfermedad para el espíritu humano de nuestra época. Como un virus contagioso; infecta e inhabilita tanto a la persona como al ser social. Las secuelas en nuestro alrededor son lamentables y diversas. Por un lado, se corrompe nuestra condición humana en el momento en que los individuos ególatras terminan refugiándose en su capsula de consumos privados, convirtiéndonos en seres despreciables movidos únicamente por vanidades. Sin duda muy distantes hemos quedado de la mesura y solidaridad que señalará la Madre Teresa de Calcuta, al expresar; “Si me preguntan cuándo terminará el hambre en el mundo? yo respondo: cuando aprendamos a compartir. Cuanto más tenemos, menos damos, Cuanto menos tenemos, más podemos dar” (Álvarez, 2014: 205).

Al beneficiarnos de veinticinco siglos de experiencias humanas somos, la presente generación de hombres y mujeres, corresponsables de los efectos y daños colaterales de un proceso civilizatorio orientado a producir y concentrar riquezas en pocas manos. Los procesos económicos

consustanciales al capitalismo no han parado de causar severos daños al medio ambiente, así como incontables privaciones a miembros de nuestra especie. Egoístas hemos sido quienes, al optar por cursos de acción que anticipan nuestro provecho personal, perjudicamos a los demás miembros del grupo. Si bien cada individuo se establece fijamente en su *egoidad*, al expandir de forma ilimitada su egoísmo propicia un desequilibrio que extravía los procesos fundamentales de socialización y humanización.

El imperio de los autómatas

Los avances técnicos han transformado irreversiblemente el curso de la humanidad en los últimos siglos. La importancia de la técnica es indiscutible para explicar el progreso de los pueblos y afirmar la presencia de nuestra especie en diversos territorios. Al respecto Mijael Malishev afirma: “el hombre humaniza al mundo, le inyecta, lo impregna de su propia sustancia” (2003: 169). Sin embargo, la técnica no únicamente se limita a instaurar un saber práctico en la sociedad que posibilite la manipulación de la materia, su potencial permite también “el desocultamiento de lo que está frente a los hombres” (Heidegger, 1994: 22). La dimensión técnica de la vida constituye realmente una afirmación de lo humano sobre los entornos naturales y sociales, siendo en la práctica la manera más efectiva de adaptar los contextos a determinados proyectos humanos. Conforme la perspectiva de Octavio Paz “la técnica se interpone entre nosotros y el mundo [...] para la técnica el mundo se presenta como resistencia [...] y por ello el saber de la técnica aspira a sustituir la realidad real por un universo de mecanismos (Paz, 2011: 262).

Por medios técnicos aparecen los artefactos, objetos que facilitan las actividades humanas y reportan beneficios colectivos, entre los inventos humanos destacan, por sus excelsos atributos; los autómatas. El autómata, del griego “αυτοματος” refiere a lo que dispone de movimiento, pero carece de vida. Los autómatas que conocemos desempeñan acciones específicas conforme las programaciones predefinidas por sus creadores y operadores. Los autómatas son entes artificiales capaces de realizar eficazmente sus cometidos.

Desde tiempo atrás los autómatas acompañan el avance de las ingenierías coligadas a los sistemas de producción industrial. En general tales artefactos despiertan gran admiración por su versatilidad y precisión al realizar las tareas encomendadas, sin embargo, también reciben severas críticas por parte de quienes reprochan el creciente desempleo que provocan en sus entornos laborales. Según Jeremy Rifkin el incremento de la productividad capitalista es responsable de la cancelación expansiva de puestos de trabajo dado que “las máquinas inteligentes están sustituyendo, poco a poco, a los seres humanos en todo tipo de tareas forzando a millones de trabajadores de la producción y de administración a formar parte del mundo de los desempleados, o peor aún, a vivir en la miseria” (2004: 25).

Con el paso del tiempo los autómatas son perfeccionados al grado que sus atributos ordinarios rivalizan con las capacidades de los miembros más diestros de nuestra especie. En las últimas décadas la programación de autómatas por medios digitales se ha venido sofisticando y el dominio de las máquinas se hace presente en actividades anteriormente efectuadas por hombres y mujeres sumamente capaces. Desde un simple cajero electrónico, hasta la más avanzada sonda espacial, las instrucciones conferidas a los autómatas viabilizan los sueños de máxima eficiencia imaginados por sus creadores.

Un autómata, sea electromecánico o cibernético, acata siempre y puntualmente las instrucciones de quien lo controla o programa. El cumplimiento de su cometido no admite ambigüedades dado que se trata sólo de un ente, una máquina, un objeto que no siente, y que permanece siendo el artefacto útil, pero incapaz de comprender. Es por tanto que frente a los autómatas no existe posibilidad fehaciente de diálogo, a lo mucho una serie de interacciones limitadas y trabadas con su programación.

En algún momento de la historia reciente los autómatas emergieron de la fábrica para invadir los espacios de la vida cotidiana. Actualmente dichos objetos intervienen en todas las relaciones y actividades humanas; están en el hogar, en la calle como también en el campo, facilitando las tareas que les hemos delegado y sin darnos cuenta de ello los autómatas también nos adaptan a un modelo civilizatorio rígido bajo criterios técnicos.

La sociedad de masas justifica la estandarización de procesos y la presencia de autómatas encargados de regular las variaciones que pudieran resultar contrarias al orden anticipado por sus diseñadores. Siguiendo uno de los principios cardinales de la cibercultura consistente en hacer únicamente lo que la técnicamente se establece, los autómatas delimitan perfectamente el campo de acción de sus usuarios. Las relaciones humanas son intervenidas por programas escrupulosamente implantados desde los sectores, instancias y agencias que los implantan, y si bien los autómatas relejan el avance técnico de la humanidad, en los hechos su control suele quedar fuera del consenso y alcance de los ciudadanos ordinarios, lo que implica subordinación a los mismos.

Actualmente los autómatas cibernéticos mediatizan la comunicación humana y aunque sus dispositivos posibilitan enlaces instantáneos a grandes distancias también sustituyen las experiencias cara a cara que favorecen el desarrollo de la conciencia empática. Junto con la preeminencia de un sin número de autómatas digitales aparece el fenómeno social de la ciberadicción; patología basada en la telefascinación. Por medio del *Phubbing* es posible ignorar los entornos inmediatos haciendo uso de la telefonía celular y extinguir falazmente, de un golpe, el mundo que nos circunda.

El imperio de las tecnologías digitales del presente siglo nos sitúa en laberintos de individualización con trayectorias predefinidas y regidas por autómatas que parecen acompañarnos a toda hora, pero que resultan incapaces de comprendernos. Sofisticadas máquinas que, aunque hacen la vida fácil en momentos de apremio, al imponernos veladamente sus condiciones nos conducen hacia objetivos impropios que únicamente replicar la vida de otros tantos.

Egoísmo amparado en autómatas

La población mundial actualmente se encuentra inmersa en un enorme bazar de fruslerías donde cualquier cosa imaginada permanece en venta. La mayoría de los seres humanos compran, usan y desechan lo que sus capitales les permite adquirir. Cualquier objeto apetecido resulta negociable. El libre mercado mundial afianza el egoísmo extremo. La globalización capitalista favorece el intercambio de expectativas y como resultado de ello las necesidades fundamentales terminan siendo confundidas con las superfluas.

Con afán consumista la gente comparte el materialismo corrosivo que acrecienta sus deseos y cosifica la vida vertiendo en ella mayores dosis de egoísmo y soledad. De esta manera el capitalismo global contagia a los hombres y mujeres de sueños y anhelos de riqueza, un falso imaginario imposible de lograr para la mayoría. El egoísmo exaltado oculta la disputa entre yoes débiles manipulados por el sistema económico.

Sin ser conscientes realmente de cuanto acontece, los nativos de la aldea global asimilan furiosa e inevitablemente los cambios tecnológicos promovidos por los mercados, sin deparar en lo trágico y patético que resulta una vida sujeta al consumo de lo innecesario. La competencia por acrecentar el dispendio, convierte a la sociedad mundial en una geografía humana plagada de seres egoístas que contienden por sobrevivir, unos, y apropiarse del mundo, otros. Al quedar la voluntad fuera de control, los individuos quedan sujetos a los dispositivos estratégicos que reproducen el sistema. En un escenario de automatización extrema, todos terminarán siendo la materia prima de procesos extractivos de energías liberadoras, porque cuando la técnica se apropia del presente y futuro de los pueblos, las posibilidades de enriquecer las virtudes humanas se contraen y los seres se convierten en objetos ordinarios.

Como resultado de los avances tecnológicos a nivel global algunas sociedades y grupos han acrecentado su poder sobre el mundo, sin embargo, la vida humana de la mayoría al quedar hostigada y volcada hacia el exterior, sujeta a las doctrinas que le impone la publicidad comercial, deteriora sus mejores capacidades. Al respecto Félix Rodrigo Mora (2013) señala que la mercadotecnia continúa desbastando el mundo interior de las personas con infinidad de mensajes subliminales que intensifican las conductas consuntivas que conducen a la extinción de las virtudes humanas.

A modo de conclusión

La globalización capitalista en el umbral del siglo XXI ofrece un panorama poco alentador en términos de humanización a escala planetaria. El libre mercado induce tanto a hombres como mujeres hacia el egoísmo extremo, singularidad por medio de la cual los sujetos resultan incapaces de vislumbrar sus vínculos esenciales que le permitirían verse reflejados en el rostro de aquellos que pretenden ignorar. Para revertir dicha tendencia se requiere apartar el ser de falsos valores impuestos por el capitalismo y que constituyen una forma de autoengaño. La aparente seguridad envuelta de conformidad, continúa paralizándonos en torno al curso civilizatorio. A diversos niveles apremia cuestionar las trayectorias tecnológicas que incurren y validan errores, abusos e intereses mezquinos, porque impiden privilegiar ideales como la solidaridad y la dignidad humana, en el horizonte de la vida social. Mucha razón tiene Raúl Fornet Betancourt (2014) al advertir que la hegemonía del capitalismo global continúa vaciando el presente cuando anula nuestro interés por lo bueno y verdadero.

El egoísmo exaltado que hoy alienta el capitalismo global resulta acérrimo enemigo de la conciencia social y por tanto impide míseramente la convivencia humana. El sistema económico insiste en imponer por todos los medios a su alcance un formato de relaciones humanas mediadas por autómatas; máquinas que pretenden ser hombres, para derivar en hombres que se comportan como máquinas.

Nuestra perspectiva antropológica y filosófica del mundo actual adolece de un propósito elevado de humanización, así como de proyectos ejemplares de vida colectiva y criterio de verdad que resulten viables y convincentes. Será que no aceptamos que la propia existencia es una ecuación a resolver desde una perspectiva gregaria y que disfrutar la vida nos requiere, necesariamente, estar cerca de otros y no contra ellos. De ser correcta la premisa; cualquier egoísmo requiere ser revisado al igual que sus creaciones y quizás el reto de la presente generación inicia por examinar las orientaciones tecnológicas, no tanto por lo que puedan ofrecernos de nuevo, sino por lo que pretenden modificar y arrebatarnos para siempre.

Bibliografía

- Álvarez, Pepe (2014). *La muerte del egoísmo*. España: Ed. Palabra.
- Aristóteles (1982). *Ética Nicomáquea*. México: Editorial Porrúa, SA.
- Bauman, Zygmunt (2005). *Vidas desperdiciadas; la modernidad y sus parias*. Argentina: Paidós.
- Fornet, Raúl (2014). *Revolución, humanismo y filosofía intercultural*. España: Aula Castelao.
- Guevara, E. (2007). *El cuaderno verde*. México: Seix Barral.
- Heidegger, Martín (1994). *La pregunta por la técnica*. España: Ed. del Serbal.
- Malishev, Mijael (2003). *El hombre: un ser multifacético*. México: UAEMéx.
- Mora, Félix R. (2013). *El sentido de la vida*. España: Potlatch.
- Paz, Octavio (2011). *El arco y la lira*. México: FCE.
- Rafael, Ricardo (2014). *Mirreynato; La otra desigualdad*. México: Temas de Hoy.
- Reina Valera (2012). *Biblia de estudio diario vivir*. España: Tyndale House.
- Rifkin, Jeremy (2004). *El fin del trabajo*. España: Paidós.
- Ricoeur, Paul (2006). *Si mismo como otro*. México: Siglo XXI.
- Schirrmacher, Frank (2014). *Ego; las trampas del juego capitalista*. España: Ariel.
- Weber, Max (2004). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: Premia.